

ALIANZA TRES

1/ *Corpus Barga* **Los galgos verdugos**

140 ptas.

2/ *Andrei Platónov* **Dzhan**

Prólogo de Evgueni Evtuchenko
Traducción de Amaya Lacasa
120 ptas.

3/ *Cesare Pavese* **Cartas, 1**

(1926-1950)
200 ptas.

4/ *Cesare Pavese* **Cartas, 2**

(1926-1950)
Introducción y traducción de
Esther Benítez
160 ptas.

5/ *Rafael Dieste* **Historias e invenciones** **de Félix Muriel**

100 ptas.

6/ *Edouard Dujardin* **Han cortado los laureles**

Prólogo de Valéry Larbaud
Traducción de Roberto Yahni
100 ptas.

7/ *Pedro Salinas* **Vispera del gozo**

100 ptas.

Próximos títulos:

8/ **Ronda de muerte** **en Sinera** *Espectáculo de Richard* *Salvat*

Sobre textos narrativos, poéticos
y dramáticos de Salvador Espriu

9/ *Italo Calvino* **La especulación inmobiliaria** **La jornada de un escrutador** **La nube de smog**

ALIANZA
EDITORIAL

El trabajo y su estimación social

MANO Y CEREBRO

LA «mano» es el trabajo manual; el «cerebro», el intelectual. El libro del helenista británico «Mano y cerebro en la Grecia antigua», que acaba de editarse en España (Editorial Ayuso, Madrid, 1974), aunque sus ensayos tengan una treintena de años (no importa: están vivos), plantea principalmente los conflictos entre dos castas y la desconsideración —ya entonces— del trabajo manual.

Sócrates daba fe del fenómeno que le era anterior: «Las llamadas artes mecánicas llevan consigo un estigma social y son deshonrosas en nuestras ciudades». La explicación de Sócrates: «Tales artes dañan el cuerpo de quienes las ejercen y hasta de quienes vigilan, al obligar a los operarios a una vida sedentaria y encerrada, y al obligarlos, ciertamente en algunos casos, a pasar el día entero junto al fuego. Esta degeneración física determina también un daño al espíritu. Además, los que se ocupan de estos trabajos no disponen de tiempo para cultivar la amistad y la ciudadanía, por ello se los considera malos amigos y malos patriotas. En algunas ciudades, especialmente las guerreras, es ilegal que un ciudadano se consagre a trabajos mecánicos».

Dos mil quinientos años después es un trabajo de nuestro tiempo. Los trabajadores emigrados en Europa no gozan de ciudadanía (ni sindicatos, ni elecciones, ni residencia permanente, ni derechos políticos) y ejercen los trabajos que no se consideran dignos por el ciudadano de pleno derecho. Pero en esas mismas sociedades, los propios nativos discriminan a los suyos que ejercen trabajos manuales (1).

Exaltación y retórica

Hemos asistido en los últimos ciento cincuenta o doscientos años a una literatura y unas artes de exaltación del trabajo manual, a veces puramente retórica. Ha sido uno de los frutos del socialismo.

En los países que están dentro del orden capitalista ha sido una literatura de consolación, una ayuda a la resignación del operario. La discriminación se sigue ejerciendo por parte de las sociedades, y las carreras hacia los títulos universitarios, hacia la burocracia, hacia la intelectualidad,

(1) Ver «La Europa de los ilotas», TRIUNFO, número 599.

está amparada por esta cuestión de trabajo llamado mecánico. En las familias burguesas, cuando un hijo se retrasa en sus estudios, se le amenaza con que la vida le relegará a los terribles trabajos manuales, con carácter de castigo infernal. Aun cuando muchos de estos trabajos artesanos estén retribuidos mejor que los del «cerebro», como se pretende suponer, su desgaste social es aún muy grande. La misma exageración y sorna con que se comentan los supuestos ingresos económicos de los trabajadores manuales está hecha con la intención de señalar una degeneración de costumbres que ha permitido este cambio de valores.

Para Farrington, que desde luego excede su clasificación de helenista (tomada habitualmente como la de una especie de etnomólogo que estudiase como a insectos los ciudadanos y las costumbres de la Grecia antigua) por su capacidad de abstracción y análisis de los problemas generalmente humanos, esta alteración griega es una subversión. Los creadores de la civilización son, según él, los de la «mano»: los que en los años 6000 a 4000 antes de Jesucristo comenzaron a labrar la tierra, a crear recipientes de barro, a construir sus

Algunas teorías científicas tienden ahora a unificar el trabajo de la mano y el cuerpo. Todo trabajo sería intelectual... Un buen operario no sería aquel que tuviese las manos más hábiles, sino aquel que pensase mejor el trabajo que tiene que hacer. Manos hábiles coinciden con un trabajo hábil.





Pablo Berben

propias casas de ladrillo y barro, a dominar la herrería, hicieron posible «el complicado modo de vivir que llamamos civilización».

Fue después cuando las nuevas necesidades de las sociedades que ellos crearon requirieron la invención de la escritura, y con ella, la primera gran división entre letrados —capaces de hacer y descifrar letras— y los demás. La sociedad comenzó a dividirse en una clase trabajadora y una clase administradora. «Los operarios de todas las artes y oficios, productores del excedente que hizo posible toda civilización, fueron formando poco a poco el estrato más bajo de la sociedad». «La pericia del herrero, el alfarero y el labrador participó del mismo desprecio que inspiraban esos hombres, pero todo lo escrito fue apreciado».

La jerarquización

Se puede trazar un brevísimo esquema de cómo llegó a España este sistema de jerarquía del trabajo. En primer lugar, por las naciones ocupantes, que forzaban al trabajo manual, de desgaste, a los autóctonos, reservándose el de vigilancia y dirección y admi-

nistración. Se creaba ya así la noción de qué el poderoso, el fuerte, aquel que produce al mismo tiempo odio y admiración envidiosa, no trabaja con sus manos.

Vemos diariamente en los países poscoloniales este mismo efecto: las clases dominantes mimetizan el ocio pensante de las que fueron razas colonizadoras. Este mimetismo se resolvió en España de la misma manera cuando se logró su descolonización: moros y judíos pasaron a ser los operarios, mientras la casta conquistadora ejercía el ocio o reservaba la nobleza del trabajo para uno solo específico: el de las armas. Y en segundo lugar, el de la única intelectualidad considerada como válida por la casta: el de la Iglesia. La exageración máxima de este caso español fue, sin duda, la de que no solamente el trabajo manual fue despreciado, sino ciertas formas de trabajo intelectual: la Medicina, la Astronomía, las Matemáticas...

La casta dominante se reservaba el valor de las letras para el letrado (en este caso, abogado, juez, consejero de Corte) y generalmente para la poesía, a veces para la narración, siempre que no se profesionalizaran. Incluso el comercio fue considerado inaceptable para los señores. Y to-

dos eran señores en un pueblo de ocho siglos de guerra. La expulsión posterior de judíos y moriscos ocasionó los trastornos que se saben. Pero la mentalidad de «mano» y «cerebro» como castas opuestas, en función de dominada y dominante, no ha desaparecido.

Mano y cerebro: cuerpo y alma

Algunas teorías científicas contemporáneas tienden a unificar el trabajo de la mano y del cerebro, como consecuencia de la antigua unificación de alma y cuerpo. Todo trabajo sería intelectual. Es decir, por muy mimético que sea un operario, por muy repetitivo de antiguos moldes, de los que se le enseña a no apartarse desde el grado de aprendiz, continuamente se enfrenta con situaciones nuevas en su trabajo que debe resolver. Un buen operario no será el que tenga las manos más hábiles, sino aquel que piense mejor el trabajo de sus manos.

Más aún: manos hábiles coinciden con cerebro hábil, y todo es un sistema de reflejos que van desde los sentidos a la mano: el

mejor funcionamiento de este circuito es el que hace el mejor operario. De la misma manera que un gran virtuoso del piano no es aquel cuyos dedos son más rápidos y ágiles, sino el que tiene mejor, más fino, más educado oído y dispone de un circuito que hace circular las sensaciones hasta la punta de sus dedos. Podría aplicarse simplemente a quien clava un clavo. A la inversa: todo trabajador intelectual presta también su cuerpo y su esfuerzo físico al trabajo que realiza, sea cual sea su índole.

Teorías no enteramente aceptadas: sobre todo, por las vivencias antiguas de la superioridad del alma y su separación (y si hay país que ha defendido a ultranza esa separación es España: léanse místicos y ascetas) y por la razón del señorío, que se aplica unas funciones específicas dentro de la sociedad y las rodea de misterio e inaccesibilidad (que a veces encontramos ancladas hasta en quienes hacen gala de defensa de los más y de la anulación de castas: véanse las declaraciones del profesor Velarde a «Informaciones» y las normas de «selectividad» para el acceso a las Universidades) (2).

La obra del profesor Farrington, como dice su prologuista, el catedrático Jiménez Mir, considera el pensamiento antiguo como precedente de tres condicionamientos: la producción y los medios de producción sociales, la distribución económica y las relaciones sociales de producción, y la organización social, sus instituciones y sus manifestaciones ideológicas (3). «O lo que, con otras palabras —dice Jiménez Mir—, viene a decir más o menos lo mismo: la lucha de la especie humana con la Naturaleza en orden a su supervivencia y progreso, el reparto de los bienes producidos que aseguran esa supervivencia y progreso y la lucha interhumana por una determinada línea de reparto». Como son temas vigentes, la inspección teórica de Farrington sobre los helenos y, en general, sobre el mundo antiguo tiene un enorme valor en la actualidad. ■

(2) Referencias en la sección «Hermetoteca».

(3) Otras obras de Farrington editadas recientemente en España: «Ciencia y política en el mundo antiguo» (Ciencia Nueva, Madrid, 1965 y 1967. Ayuso, Madrid, 1974), «El evolucionismo» (Cultura Popular, Barcelona, 1967), «La rebelión de Epicuro» (Cultura Popular, Barcelona, 1967), «Francis Bacon, filósofo de la revolución industrial» (Ayuso, Madrid, 1971) y «Ciencia y Filosofía en la antigüedad» (Ariel, Barcelona, 1971). «Ciencia griega» está editada en castellano, pero no en España. Hachette, Buenos Aires, 1957.